



en su vida. No es extraño que, a semejanza de Aquel Maestro que pedía que los niños estuvieran cerca de él, Mn. Torrent —ya sacerdote— fuera también maestro. Los que hemos recibido su enseñanza y luego hemos conservado su amistad, no podremos olvidarle nunca; de ahí que al recordarlo nos impresiona tanto por su personalidad —esa personalidad nacida de la sencillez— que no sabemos qué es lo que más nos atrae de él: el hombre, el sacerdote o el maestro. Quizá si lo analizáramos con un poco de profundidad diríamos que nos impresiona ante todo el hombre. Si no se es hombre con toda la extensión de la palabra, difícilmente se puede ser buen sacerdote y buen maestro, porque el hombre es la base y el soporte de ambos ministerios. La humanidad de Mn. Torrent es tal vez su característica sobresaliente y esencial: una humanidad desbordada, comunicable y contagiosa. Y puesto que él era un hombre perfecto, una de sus enseñanzas primordiales tenía que ser la de enseñar a serlo.

Yo he tenido y conocido a bastantes profesores. A unos los recuerdo por la facilidad de introducirme en el cálculo; a otros por la habilidad de iniciarme en los estudios gramaticales, etc. A Mn. Torrent lo recuerdo con un punto y aparte por haberme enseñado a ser hombre —lo haya logrado o no—. Por encima de la frialdad del cálculo matemático o de los problemas lingüísticos —entonces elementales— surgía el calor del consejo, del diálogo, de su amor a la infancia, la atracción que ejercía en nosotros, la amabilidad del trato; en suma: surgía su humanidad. Y la mejor forma que nosotros aprendimos de él a ser hombres, a esbozar un camino, a hallar un cauce, no fue tomando un manual de educación y grabando los preceptos en la memoria, sino siguiendo su propio ejemplo y sus atinadas observaciones. De ahí que, ávidos de su consejo y de su experiencia, todos hemos conservado su amistad y nuestra mejor dicha ha sido los ratos de charla con él en la misma calle o en la tranquilidad de su habitación soleada, en el Hospital. Allí me ha parecido hallar la forma de enseñar más ágil, más receptiva, más llena pero enormemente efectiva; una forma clásica, socrática: el maestro y los discípulos en animada conversación, entresacando de preguntas y respuestas algo justo, bueno y positivo.

Y si maestro ha sido en lo humano, buen maestro ha sido también para el más allá, para la última etapa hacia la que está proyectado el hombre. Su magisterio y su ministerio se han conjugado admirablemente. Por esa razón de la amistad hacia los demás, no ha sido nunca de esos sacerdotes que viven en el mundo pero huyendo de él en un aparente afán de perfeccionamiento ascético, como buscando en el

## UN HOMBRE EJEMPLAR: MOSÉN PEDRO TORRENT

EL día veintinueve de junio de 1914, en su pueblo natal, Estanyol, un joven sacerdote recién ordenado celebraba solemnemente su primera misa. Un verbo en futuro, “introibo ad altare Dei”, pasaba a ser presente, y el nuevo ministro subía al altar del sacrificio incruento y elevaba, más tarde, el pan hecho Dios. Aquel joven sacerdote se llamaba Mosén Pedro Torrent y Crous.

Han pasado cincuenta años. En la acogedora capilla del Hospital Municipal, el veintinueve de junio de 1964, un sacerdote de cabellos plateados volvía a repetir una vez más, al pie del altar, “introibo ad altare Dei”... y nadie sospechaba que en aquellos momentos sublimes Mosén Pedro Torrent celebraba íntimamente sus bodas de oro sacerdotales. Esta conmemoración pasó desapercibida. Muy lejos estábamos de pensar que el mismo día en que le felicitábamos por su onomástica celebraba también tan memorable efemérides.

Cincuenta años de sacerdocio: cincuenta años de vida ejemplar pasada la mayor parte en esta villa de Lloret de Mar, en esta población para él tan querida, en contacto con una gente a la que ha tratado por un igual, indiferente a clases, ideas, colores... Durante el transcurso de su dilatada estancia aquí, nuestro buen sacerdote se ha ganado la simpatía de todos los lloretenses. Su paso por las calles ha sido siempre jalonado de saludos cordiales, entrañables. Aquel “Passi-ho bé, Mossén Torrent!” ha querido decir mucho. Mosén Torrent ha ido contestando por doquier con su ancha sonrisa, con el brillo de sus pupilas, con su verbo fácil pero conciso y profundo. Para los niños, que han corrido a besarle la mano, ha tenido su caramelo, su estampita, sus “angels”... Incluso ha tenido el mandrugo de pan preparado para darlo al borriquillo que, envidioso de los niños, se ha apartado del camino recto para plantarse ante su franciscano bienhechor.

Los niños, su “mainada” —esta es la palabra nuestra más elocuente y justa— han ocupado lugar importantísimo

sacerdocio solamente su perfección personal; ni tampoco se ha metido donde no debía. Ha estado en el justo medio. Ha vivido —vive, afortunadamente— en el mundo, con el mundo y para el mundo cuando se le ha necesitado. Y aquí está a buen seguro el por qué ha sido siempre tan querido de Lloret. Y de esta condición, de esta vida llena, fértil, volvemos a la pregunta esbozada anteriormente: ¿Qué prevalece en él: el sacerdote, el maestro o el hombre? Yo diría en un afán de sintetizar y de ser justo, que las tres cosas se complementan tan bien que ni sobresale el sacerdote, ni sobresale el maestro, ni sobresale el hombre. Sobresale un sólo: MOSEN TORRENT.

Cuando él lea estos párrafos, un escalofrío de modestia le recorrerá las venas y me repetirá lo que humildemente dijo cuando se vio parte integrante del libro “Lloret de Mar” de su discípulo E. Fàbregas Barri: “—D’un home no se’n pot fer història fins qu’és mort”. Pero tampoco es justo que sólo sepamos valorar las cualidades ajenas cuando las perdemos para siempre. Debemos dar, en vida, al César lo que es del César, y a Mosén Torrent lo que él se merece. Y estoy seguro que por medio de estas torpes letras se une a mi homenaje todo Lloret. Todos los que le conocemos (y los que le conocieron y ya han desaparecido para siempre) admiramos al gran amigo, al gran catequista, al maestro de las Escuelas Parroquiales y de la particular en que nos formamos los de las últimas generaciones, al impulsor de las “caramelles”, de los “Aires lloretenses”, y por fin admiramos al querido sacerdote al que cada domingo unos fieles que llenan la amplia nave de nuestro templo ven alzar a Cristo, al divino Maestro que un día llamó a Pedro y este Pedro, que era pescador de peces, lo dejó y se hizo pescador de hombres: un Pedro que en 1914 se llamaba de apellidos Torrent i Crous.

(Foto archivo autor)

JUAN DOMÉNECH MONER

SAMLM  
SERVEI D'ARXIU MUNICIPAL DE LLORET DE MAR